
PLATICA VIII.

POR QUÉ DE ENTRE TODAS LAS DEMAS INSIGNIAS DE LA PASION
DE NUESTRO REDENTOR, SOLA LA CRUZ ES LA INSIGNIA
Y SEÑAL DEL CRISTIANO.

A 10 de Mayo de 1690.

Para entender las leyes, se han de leer las rúbricas, y es reglilla muy repetida por los Juristas: *Lege rubrum, si vis intelligere nigrum; rubricæ textum explicant.* Es el caso, que al principio de cada ley se pone un breve de letras coloradas, y por eso se llaman rúbricas; se pone, digo, ó la ocasion, ó la circunstancia, ó el tiempo en que se hizo aquella ley, y así se conoce en qué está su vigor y fuerza; por eso pues dicen que para entender la ley, que está de letras negras, se han de leer las letras coloradas. ¡Y qué buena regla para nuestra Doctrina! Tenemos en la Cruz, cristianos, el compendio de todas nuestras leyes, el resumen de todas nuestras obligaciones, y lo que es mas, tenemos en la Cruz, como dijo San Pablo, (1. ad Cor. 1. 25) cifrada y junta toda la sabiduría de Dios, y para que podamos entender los inescrutables se-

cretos de la Divina Sabiduría que en la Cruz se encierran, para que atendamos cuánta es la fuerza de las obligaciones y las leyes que la Cruz nos pone, hemos de leer en esa Cruz las rúbricas; quiero decir, aquellas letras coloradas que con la púrpura de su Sangre tiene escritas en tan lastimosas llagas el Soberano cuerpo de nuestro Dios, que está en esa Cruz crucificado. ¡Oh, si éste fuera nuestro continuo libro, nuestro estudio y nuestra meditacion, cuánto seria nuestro provecho! ¡Cómo nos ajustariamos á las leyes que nos pone la Cruz si leyéramos aquellas coloradas rúbricas en el Cuerpo de nuestro Redentor! A vista suya se nos harian muy fáciles los preceptos que nos parecen tan difíciles; allí veriamos muy suaves las virtudes, que tan ásperas y tan árduas nos parecen. Ya, pues, hoy nos toca ver las rúbricas de la Cruz; vimos ya cómo la Cruz es nuestra insignia y nuestra señal; sepamos ahora por qué.

Este *por qué*, es la pregunta que se sigue en el Catecismo, y antes de responderla veamos la dificultad que envuelve solapada este *por qué*, que no sé si la adviertan todos; y en advirtiéndola, entónces le agradecerán al Catecismo lo fácil de su respuesta. Es cierto que así como la Cruz fué instrumento de la pasion de nuestro Redentor, así tambien fueron instrumentos de ella, la columna, los azotes, la corona, los clavos y la lanza. Si la Cruz tuvo la dicha de tocar tan inmediatamente su Divino Cuerpo, tambien lo tocó, y aun con mas inmediatecion, la corona que le penetró con sus espinas la cabeza; los azotes, que le desgarraron sus carnes; los clavos, que le traspasaron sus santísimas manos y piés; y la lanza que entró hasta su purísimo corazon. Ahora, pues, la dificultad,

y veamos qué me responden: ¿Por qué sola la Cruz ha de ser la insignia y la señal del cristiano, y no la columna, los azotes, la corona, los clavos, ni la lanza? Si es porque la Cruz fué instrumento de la pasión de nuestro Redentor, todos aquellos fueron también instrumentos: si es porque la Cruz tocó tan inmediatamente á su santísimo Cuerpo, también le tocaron todos aquellos instrumentos; ¿pues por qué de todos sola la Cruz es nuestra insignia? ¿Por qué sola la Cruz ha de ser y es la señal del Cristiano? Este es aquel *por qué* del Catecismo. Miren si tiene dificultad, y tal, que se empeña á responder el Príncipe de los Teólogos. Ventila este punto el Angélico Doctor Santo Tomás, en la 3.ª p. q. 25. art. 3. ad. 4. (Vid. Suar. t. 3. in 3.ª p. disp. 52. sec. 2.) y hace el argumento en materia de adoración. Es cierto que así como adoramos la Cruz, por lo que mira al contacto que tuvo al Sacrosanto Cuerpo de N. Redentor, adoramos también todos aquellos otros instrumentos; pero con distinción, pues que la corona, la lanza y los clavos, etc. solo originales los adoramos; quiero decir, aquellos mismos que tocaron inmediatamente al Señor, y no cualquiera corona de espinas. No adoramos una lanza, una columna, ni un clavo, porque la adoración se la debemos solo á aquellos mismos que fueron instrumentos y que tocaron al Sacrosanto Cuerpo de N. Redentor, no á sus retratos. Pues ahora la Cruz no es así; que no solo debemos dar adoración á aquella misma Cruz en que fué crucificado N. Redentor, sino también á cualquiera otra imagen suya: no solo adoramos el *Lignum Crucis* que así llamamos á las reliquias que se guardan de la Cruz misma de N. Redentor, sino que también debemos adorar cualquiera Cruz, sea de

plata, de oro, de madera ó de popote. ¡Pues válgame Dios! ¿Por qué ha de tener solo la Cruz aun la ventaja de que la adoremos, no solo en su original, sino en cualquier retrato suyo, y no así la corona, los clavos, la lanza, etc. que solo los adoramos en su original? ¿Estos no fueron, también como la Cruz, instrumentos de aquella Pasión Santísima con que fuimos redimidos? Sí, *Ista tamen* (responde ya el Ángel de las Escuelas) *Ista tamen non representant imaginem Christi, sicut Crucis, quæ dicitur signum sibi hominis: et inde est quod Crucem Christi veneramur in quacumque materia: non autem imaginem clavorum, vel quoruncumque hujusmodi.*

Es el caso, que ni la corona, ni los clavos, ni la lanza, son imagen y retrato de Nuestro Señor Jesucristo; ¿no lo ven? Una corona, ¿en qué se parece á un hombre? En nada, y lo mismo los clavos, la lanza y lo demás. Pero la Cruz es una imagen, es un retrato de Nuestro Salvador crucificado. ¿Qué es un hombre extendidos los brazos?—Una Cruz.—Pues por eso solo á la Cruz, y no á los otros instrumentos, de cualquiera manera que sea le debemos la adoración, dice S. Tomás; porque ella sola es figura é imagen de Cristo; ella sola es la señal de Cristo: *Quæ dicitur signum filii hominis*, añade el Angélico Doctor. Ahora, pues, á nuestro intento: sola la Cruz es la insignia y señal del Cristiano. ¿Por qué? Y ya que han visto la dificultad de este *por qué*, le agradecerán la respuesta tan breve y tan clara al Catecismo: *Porque es figura de Cristo crucificado, por quien fuimos redimidos en ella.* De modo, que ni la corona de espinas, ni los clavos, ni la lanza, ni ninguno de los otros instrumentos de la Pasión, son la insignia y señal del Cristiano; por-

que no son figura, ni son imagen de Cristo, y sola la Cruz porque es figura, porque es imagen de Cristo crucificado, es nuestra señal, es nuestra insignia?

¿Y qué se sigue de aquí? ¡Oh, Dios, lo que se sigue! Se sigue, que no nos basta tener la Cruz, si con la Cruz no tiene en sí mismo cada uno de nosotros la imagen del Crucificado. Se sigue, que de nada servirá retratar á Cristo con la Cruz en la frente, si no retratamos á Cristo con la Cruz en la vida. Se sigue, que nada aprovechará hacernos con la Cruz la figura de Cristo, si con las costumbres retratamos la fiereza abominable del Demonio. *Pretiosum est signum Crucis*, dice S. Pedro Damiano, *sed prout gestamus in fronte, utinam portemus in corde.* (Pet. Dam. Ser. 40. de S. Cassian.) Preciosa es la señal de la Cruz; ¿pero qué nos valdrá todo su precio, si trayéndola en la frente no la traemos en el corazón? La trae en su corazón aquel que con todo su amor ama al que fué crucificado en esa Cruz, que guarda sus preceptos; que los que tienen por Dios al vientre, á los deleites, á los apetitos, ¿qué importa que hagan sobre sí la señal de la Cruz, si son enemigos de la Cruz? Dice S. Pablo: *¿Inimicos Crucis Christi?*

Alejandro Luzagio, Varon muy espiritual, repetía muy de ordinario esta sentencia: *Es imposible tener el Crucificado sin Cruz.* (ad. Phil, 3. ap. Lyr. fol. 330.) Cristiano, ¿quieres tener en tu alma á Cristo Crucificado? pues has de tener Cruz en tu alma; y si no puede haber Crucificado sin Cruz, tampoco la Cruz ha de estar sin el crucificado, que es su figura, es su retrato, es su imagen.—Pues si lo es, ¿cómo hemos de retratar con la Cruz al crucificado?—Con el agradecimiento, con la imitación, con la vida.

Mira, alma, cómo está tu Dios en la Cruz. Inclínala la cabeza como quien te llama, como quien concede á tu ruego, como quien se inclina á tu perdón; los brazos extendidos, como quien te franquea todo su pecho, como quien te desea admitir á sus brazos, y como quien por tí hizo cuanto pudo alcanzar, que es infinito, abierto el corazón para que te entres en él, para que en él te acojas, para que en él te salves; y todo el cuerpo corriendo sangre, para que tú te laves, para que tú te limpies y para que te quedes redimido. Pues de todo esto es figura la Cruz que tienes por señal; mira si tienes corazón que baste para pagar en agradecimiento tanto beneficio. Si es la Cruz tu señal, ¿dónde tienes en esa señal retratado á Cristo en tu agradecimiento? ¿Cuántas veces te has puesto á pensar un rato siquiera estos beneficios? ¿Haces tantas veces sobre tí la señal de la Cruz, y nunca te has acordado de que esa Cruz es figura de Cristo crucificado, por quien en ella fuiste redimido? Pues paga siquiera con tu memoria y con tu meditación, lo que por tí hizo Dios con tan terribles tormentos, y así será en tí la señal de la Cruz imagen de tu Dios crucificado. No tienes fuerzäs, no tienes salud para llevar la Cruz con silicios, disciplinas, ayunos, penitencias; pues lleva siquiera esa Cruz con la meditación de Cristo crucificado, y oye á Alberto Magno: (Alb. Mang. t. de Mis ap. Engel. D. Quin. § 3.) La simple memoria ó meditación de la Pasión de Cristo, dice este gran Doctor, vale más que si uno ayunara á pan y agua todo los viérnes del año; más que si cada semana se disciplinara hasta derramar sangre:

¿Tanto vale solo el meditar en la Pasión de N. Señor Jesucristo?—Sí, *Hija*, le dijo su Magestad á

Santa Gertrudis: ¡oh, qué palabras de tan sumo consuelo! *Hija, el que en su vida me mirare á mí crucificado con devocion y con ternura, yo le miraré á él con benignos ojos en la hora de la muerte.* (Ap. Eugel. sup.) Esto, pues, será traer en nosotros con la señal de la Cruz la figura de Cristo crucificado, traerlo siempre en la memoria y en la meditacion. Ese argumento nos hace á los Cristianos el Apóstol S. Pedro: ¿Sois Cristianos? ¿Seguís á Jesucristo? ¿Teneis su señal? ¿Pues qué se sigue? *Christo igitur passo in carne, et vos eadem cogitatione armamini.* (Epíst. 1. cap. 4. Vid. ibi Corn.) Lo que se sigue es, que si Cristo padeció por vos tan terrible muerte en la Cruz, que vos cuando tomeis estas armas de la Cruz, sea con la memoria y la meditacion de aquella muerte.

¿Así? pues volvamos á ver muchas veces con la señal de la Cruz la figura de nuestro Dios crucificado. ¿Cómo está allí? Hecho Maestro de todas las virtudes, pues eso es empeñarnos á que retratemos en nosotros con la señal de la Cruz su imitacion. Allá, porque Alejandro Magno traía siempre inclinado hácia un lado el cuello, todos sus Príncipes afectaban andar con el cuello torcido. Porque Platon hablaba bleso y tartamudo, sus discípulos afectaban tambien hablar tartamudeando. Porque el Emperador Carlos V. por los dolores de cabeza se quitó el pelo, al punto todos los Príncipes y caballeros, cortándose las cabelleras que tanto estimaban, salieron con las cabezas desnudas. Porque Sabina Popéa tenia el cabello como azafran, de que gustaba mucho Nerón, todas las mugeres de Roma buscaban á toda costa tintas con que teñirse de aquel color los cabellos. Y acá vemos esto cada día en esos usos que tan á porfía se

introducen y tan de competencia se imitan. Pues si así de una criatura se procura imitar aun la deformidad, la fealdad y el vicio, ¿por qué de nuestro Dios no procuraremos imitar las virtudes, que todas juntas nos las está mostrando en la Cruz? ¿Quién no será humilde viendo á Dios en tanta ignominia? ¿Quién no será paciente, viendo á Dios entre terribles tormentos? ¿Quién no mortificará sus gustos, viendo á Dios con los piés y las manos clavados? ¿Quién no refrenará sus apetitos y sus pompas, viendo á Dios desnudo, y que para su sed tan terrible halla solo hiel y vinagre? Y en fin, quien ve á su Dios muerto, ¿cómo no le entregará toda su vida, de modo que ni se mueva, ni piense, ni respire sino con Jesucristo crucificado?

—Padre, esa es mucha perfeccion, y que habla solo allá con los Religiosos, con las Monjas; no con los que vivimos en el mundo.—Aguarden, y no me oigan á mí, sino respóndanle á S. Pablo: *Pro omnibus mortuus est Christus, ut et qui vivunt, jam non sibi vivant, sed ei, qui pro ipsis mortuus est.* (2 ad. Cor. c. 5.) Por todos, por todos murió Jesucristo. Eso dice la señal de la Cruz, que todos fuimos por Cristo redimidos en ella.—¿Y qué se sigue de ahí. Apóstol Santo?—Oíd, oíd la voz del grande Pablo: Lo que se sigue es, que los que por Cristo viven, no han de vivir ya para sí mismos, sino para Aquel que murió por ellos. ¿Eso se sigue? Pues pregunto ahora, á tí que alegas por escusa que no eres Religioso, que no eres Monja, que vives en el mundo; pregunto: ¿murió por tí Jesucristo? Mira si lo puedes negar, y si no puedes negarlo, ¿qué se sigue? *Ut et qui vivunt, jam non sibi vivant.* Lo que se sigue es, que solo has de vivir para aquel que por tí dió su vida.

Cyro, Rey de Persia, venció en campaña á Tigranes, Rey de Armenia; y teniéndole cautivo con su muger, preguntóle delante de ella: ¿qué me darás porque restituya la libertad á tu Esposa?—Si yo lo tuviera, te diera todo mi Reino, responde, pero habiéndole ya perdido, lo que te daré porque la libres, será mi sangre, mi vida. Movido Cyro con esta respuesta, les dió luego á los dos libertad. Volvíanse alegres, y entónces preguntóle Tigranes á su Esposa: ¿qué te pareció el Rey Cyro? ¿No es bizarro, galan y generoso? A lo que ella respondió: ¿Qué me preguntas? si yo todas mis atenciones, mis ojos y mis pensamientos los tuve puestos solo en aquel que por mi libertad ofreció su sangre y su vida; y así, ni ví, ni advertí nada en otro ninguno. (Xenoph. *Lib. 3. Hist. de Inst. Cyr. ap. Lyr.*) ¡Oh, confusion de nuestra vida! ¡Oh, vergüenza de nuestros divertidos afectos! Aquella sola por una oferta quedó tan arrebatada, que todos sus pensamientos, sus ojos, sus atenciones y sus afectos se los robó el que por su libertad ofreció su sangre, que pudo ser oferta mentirosa; y nosotros, habiendo deramado nuestro Dios, no en oferta, sino en realidad, toda su sangre por darnos la libertad, habiendo padecido la más terrible muerte por darnos vida, ¿así nos divertimos de su amor? ¿Así nos volvemos á las criaturas? ¿Así olvidamos un beneficio tan inmenso? Pues si nos preciamos de la señal de la Cruz, ella nos ha de renovar siempre en el corazon esta tan provechosa memoria:

Refiere Fr. Tomás de Cantimprato (*Spec. exemp. verb. Pas. Christ.*) que cierto mancebo Cristiano, habiendo caído en poder de los bárbaros, quedó esclavo de uno de ellos muy poderoso, que agradándose del nuevo esclavo por lo que se ajustaba en

servirle, queria que estuviera con gusto; mas viendo que el esclavo Cristiano, aunque en nada le faltaba al obsequio, andaba con el rostro siempre mesurado y severo, y que cuando los otros esclavos muy alegres se divertian, ya en conversaciones risueñas, ya en sus músicas, ya en sus juegos, éste siempre suspenso, siempre pensativo: ¿qué tienes? le preguntaba, ¿de qué andas triste?—No estoy triste, respondia él, sino que dentro de mi corazon tengo la Cruz en que murió mi Dios. Tantas veces le preguntó el amo y tantas veces le respondió lo mismo el dichoso esclavo, que lleno de cólera el bárbaro: Pues he de ver, le dice esa Cruz que tienes dentro del corazon, y con crueldad inhumana mandólo matar: manda que le saquen el corazon. ¡Oh, prodigio! Traído el corazon á su presencia, vió en él esculpida con toda claridad y perfeccion la imágen de Cristo crucificado, que si en la vida con su meditacion lo hizo tan ajustado en sus costumbres, en la muerte, despues de coronarlo con el martirio, así lo honró con dejar en su corazon grabada su imágen. ¡Oh, Redentor piadósísimo de nuestras almas! si así tuviéramos en nuestra memoria siempre presente tu imágen, ¡cómo serian ajustadas á la señal de tu Cruz nuestras vidas y nuestras costumbres! ¡Oh! y tu Sangre ablande alguna vez nuestra dureza, para que al ejemplar santísimo de tu muerte siempre ajustada nuestra vida logre los tesoros de gracia inmensos que allí nos ganaste.